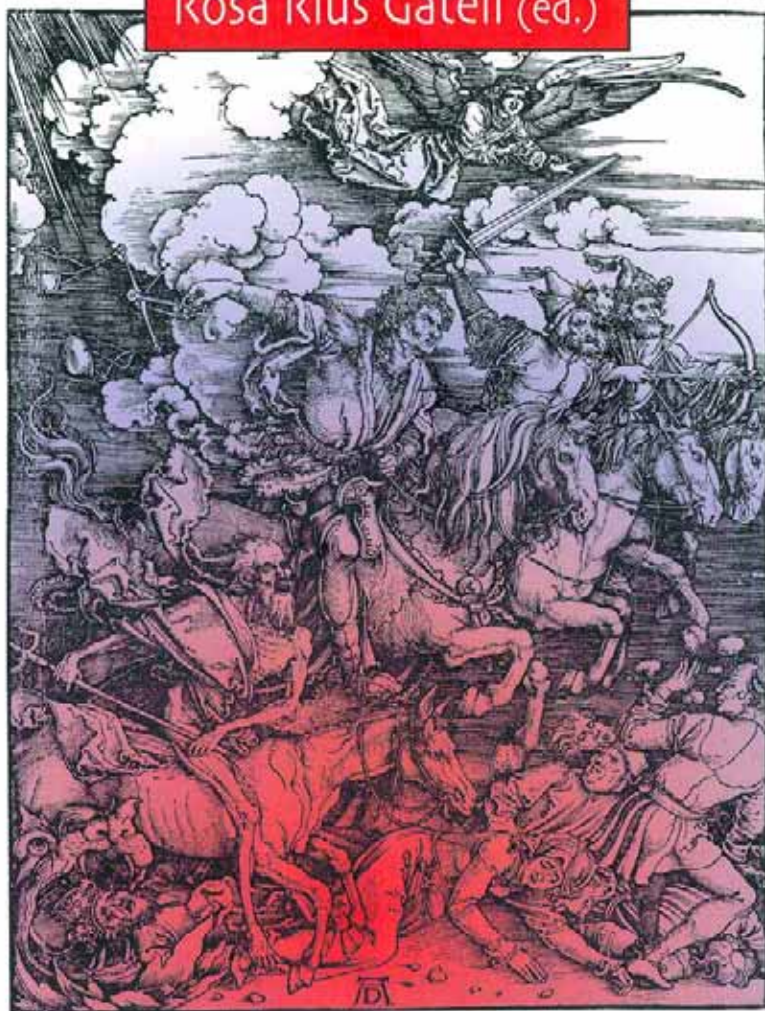


Sobre la guerra y la violencia en el discurso femenino (1914-1989)

Rosa Rius Gatell (ed.)



Sobre la guerra y la violencia en el discurso femenino (1914-1989)

Rosa Rius Gatell (ed.)

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Índice

Introducción: ROSA RIUS GATELL	IX
--	----

De la violencia

FINA BIRULÉS. <i>Revolución y violencia en Hannah Arendt</i> . .	3
ANNA FEDELE. <i>La provocadora Medea de Christa Wolf. Una figura mitológica de la alteridad representada en clave feminista</i>	25
MONTSE BARDERI I PALAU. <i>La explotación animal en la obra de Marguerite Yourcenar</i>	43
SONIA GUERRA LÓPEZ. <i>Reflexiones sobre la violencia en compañía de Victoria Sau</i>	53
RADA IVEKOVIĆ. <i>Violencia, política y razón</i>	63

De la guerra

ARÁNZAZU USANDIZAGA SAINZ. <i>La mujer y la Primera Guerra Mundial</i>	83
MAITE LARRAURI. <i>No se gana la guerra con la fuerza</i>	103
STEFANIA FANTAUZZI. <i>La relación entre guerra y política en Hannah Arendt</i>	115
MARIA SALVADOR RIBES. <i>Imágenes de la Guerra Civil Española en la obra poética de Helen Joy Davidman</i>	131
ELENA LAURENZI. « <i>Si cae España</i> »: <i>María Zambrano y la guerra</i>	143

VIII

Para leer a Nicole Loraux (1943-2003)

MONTSERRAT JUFRESA. <i>Nicole Loraux, lectora del presente en los intersticios del pasado</i>	163
IOANNA PAPADOPOULOU-BELMEHDI. <i>Nicole Loraux: del humanismo al «alma de la ciudad»</i>	171
NICOLE LORAUX. <i>La gloria y la muerte de una mujer</i>	181

Introducción

ROSA RIUS GATELL

Pero, ¿es acaso posible la resolución no violenta de conflictos? Sin duda lo es. Las relaciones entre personas privadas ofrecen abundantes ejemplos de ello. Dondequiera que la cultura del corazón haya hecho accesibles medios limpios de acuerdo, se registra conformidad inviolenta.

WALTER BENJAMIN

Éste es un libro en el que se oyen unas voces de mujeres que narran cómo otras, que las antecedieron, *contemplaron* las guerras y la violencia que les tocó vivir, ya fuera en primera línea, ya como espectadoras; pero estas páginas inciden, sobre todo, en cómo lo contaron. Así también, se recoge en las mismas el modo en que unos espíritus libres y apasionados, llevados por el deseo de comprender, formulan la conveniencia de volver a pensar las explicaciones tradicionales del despliegue de la violencia, de su origen, sus medios, su función, sus ámbitos y su significado; de esta suerte, los textos permiten asimismo analizar, y en su caso cuestionar, las posiciones que conciben la violencia como dato natural imposible de rechazar o transformar, toda vez que muestran el esfuerzo por encontrar palabras para *decir* la brutalidad indiscriminada de la guerra y expresar el dolor que toda experiencia bélica comporta, y no menos para proponer energías, como hará Simone Weil, capaces de poner límites a las guerras.¹

Quisiera señalar que, aunque los escritos aquí reunidos tuvie-

1. Véase el texto de Maite Larrauri, «No se gana la guerra con la fuerza». En esta introducción, los artículos recogidos en el presente volumen se referirán por el nombre de la autora seguido sólo del título.

ron, por así decir, su primer nacimiento en un simposio celebrado en Barcelona en otoño de 2003, este libro no es en sí un volumen de actas. Aquel encuentro, que desde el Seminario Filosofía i Gènere² habíamos referido con el título de *Reflexions sobre la guerra i la violència en el discurs femení (1914-1989)*, tenía lugar meses después del estallido de la guerra de Irak. Aquella circunstancia planeó inexorable sobre nuestro cielo y, por supuesto, lo tiñó.³

La preparación del congreso comenzó cruzado ya el umbral del tercer milenio, y habíamos decidido centrar en ese «siglo de setenta y cinco años» el objeto de nuestra reflexión convival: un marco temporal iniciado el año de la gran crisis mundial, en el que, según el historiador francés de origen judío Élie Halévy (1870-1937), el mundo había entrado irreparablemente en «la era de las tiranías»; y con 1989 como colofón, teniendo de fondo la caída del muro de Berlín. Fondo temporal éste que convinimos en dilatar hasta 1996 con el propósito de acoger la relectura del mito de Medea debida a Christa Wolf, que modifica radicalmente la versión de la tragedia eurípidea.⁴ Por otra parte, indicar 1989 como año final no pretendía soslayar el acontecer de guerras y violencias posteriores. De hecho, la meditación sobre conflictos bélicos más próximos en su cronología abrió su espacio y se incorporó al simposio la convulsión vivida en los Balcanes, Afganistán y, como ya he dicho, Irak; y aunque no se mencionasen de manera explícita, allí estaban las guerras y guerrillas que se libran en tantos rincones del mundo. Fue precisamente

2. Seminario creado en noviembre de 1990 por Fina Birulés en la Universitat de Barcelona. El Seminario participa tenazmente en la recuperación y el análisis de autoras desde una perspectiva filosófico-filológica.

3. El simposio internacional *Reflexions sobre la guerra i la violència en el discurs femení (1914-1989)* se celebró en la Universitat de Barcelona los días 28 y 29 de noviembre de 2003. Este congreso, dedicado a la memoria de Nicole Loraux (1943-2003), se llevó a cabo como actividad del proyecto financiado por la SEID, *Polis, communitas y polemos. Usos de estos conceptos en el discurso femenino 2000-2003* (BFF2000-0755).

4. Relectura realizada en un clima de post-guerra fría, que Anna Fedele nos transmite en «La provocadora Medea de Christa Wolf. Una figura mitológica de la alteridad representada en clave feminista».

en ese marco donde encontró su lugar y su tiempo el discurso «propio» de Rada Iveković, en el que analiza los cambios acaecidos en el mundo globalizado, en un momento en el que se está volviendo a trazar la faz geopolítica del planeta a partir de lo que aparentemente es un sistema mundial unipartidista.⁵

A menudo, al preguntársenos por la concreción temporal elegida, las respuestas no iban mucho más allá del argumento que señalaba «una cuestión de límites» o, simplemente, de «confines». Queríamos tomar como eje el *discurso femenino* sobre la guerra y la violencia y, de esta manera, centrarnos en lo que algunas mujeres habían escrito durante ese tiempo colmado de episodios desgarradores, y encajado de pleno en el siglo XX, esa centuria que, en Occidente, se ha dado en llamar el «siglo de las mujeres». Intuíamos que *escuchar* con atención los modos de hacer y de ver de algunas autoras que se habían manifestado durante aquellas décadas, podía suponer una preciosa fuente de inspiración para plantear y establecer, a su vez, nuevos «modos de hacer y de ver», capaces de declarar, como así hizo Simone Weil en su ensayo sobre la *Iliada*, que: «la guerra hace desvanecerse toda idea de objetivo, incluso de los objetivos de la propia guerra. Borra el pensamiento mismo de poner fin a la guerra».⁶ En otro lugar del mismo ensayo, y tras analizar qué sucede cuando se transforma en cosa a un ser humano, Weil concluía que «el alma no está hecha para habitar una cosa; cuando se la obliga a hacerlo, no hay nada en ella que no sufra violencia».⁷

5. Véase Iveković, Rada, «Violencia, política y razón».

6. Weil, Simone, «La *Iliada* o el poema de la fuerza», en *La fuente griega*, trads. Agustín López y María Tabuyo, Madrid: Trotta, 2005, p. 31. Como escribe Kolko: «Planear una guerra es como jugar con fuego: la guerra implica siempre falsas expectativas y giros totalmente imprevisibles. Si los políticos hubiesen examinado a fondo la situación y reflexionado sobre el abismo existente entre deseo y realidad, la guerra no habría podido por menos de parecerles peligrosa e irresponsable». Véase Kolko, Gabriel, *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*, trad. Vicente Gómez Ibáñez, Barcelona: Paidós, 2005, p. 41. Kolko analiza en este libro el llamado «siglo corto» que arrancó y terminó en Sarajevo.

7. Weil, Simone, «La *Iliada* o el poema de la fuerza», en *La fuente griega*, cit., p. 17.

Durante el período escogido como núcleo de reflexión, las mujeres tomaron la pluma de forma progresiva –con asombrosa progresión geométrica–, como nunca antes lo habían hecho. Ellas contaron, pero sobre todo «se contaron», cosa importante, sin prescindir del cuerpo. «Cuando la palabra se separa del cuerpo –escribe Ida Dominijanni– y de aquello que se inscribe en el mismo –miedo, pasiones, sentimientos, inconsciente– dice mucho, pero calla lo esencial».⁸ Partieron de su propia experiencia o experiencias muy cercanas, describieron lo que respiraban y lo que vivían, y con ello se distanciaron de los modelos y lugares que tradicionalmente les habían asignado los discursos políticos e historiográficos dominantes. De este modo, redefiniendo sus palabras, se redefinieron a sí mismas, y con su gesto tomaron protagonismo, incluso desde la retaguardia, esto es, desde «el otro frente», dando cumplida cuenta del sufrimiento, así como de las posibilidades que el carácter extraordinario de la situación, lejos del campo de batalla, abría. Con sus pensamientos y reflexiones dibujaron paisajes novedosos frente a la guerra, y lo hicieron en aviso de sus peligros y no menos ante los oprobios y la violencia ejercida y padecida. De aquellos paisajes, advertiría María Zambrano, habría que extraer «la debida experiencia», y convengo con ella que en ningún momento deberíamos dejar de hacerlo.

Ése es el discurso que deseamos atender, y con esta decisión convocamos a pensadoras como María Zambrano, Hannah Arendt y Simone Weil; escritoras y poetas como Edith Wharton, Dorothy Canfield Fisher, Virginia Woolf, Vera Brittain, Marguerite Yourcenar, Helen Joy Davidman y Christa Wolf, entre otras; psicólogas como Victoria Sau y helenistas como Nicole Loraux. Todas ellas atesoran un patrimonio indecible, una herencia de innegable valor «legada sin testamento»,⁹ que conviene recibir y celebrar.

Retomaré los dos conceptos antes subrayados, *discurso femeni-*

8. Dominijanni, Ida, «Quién está en el lugar de Elena», en VV. AA., *Guerras que yo he visto. Saberes de mujeres en la guerra*, trad. María Echaniz, Madrid: horas y HORAS, 2001, p. 8.

9. Son palabras del verso de René Char que, como observa Fina Birulés, Hannah Arendt no cesaba de citar.

no, para recordar, como muestran los artículos aquí reunidos, la *virtus* de dicho discurso. En su particular combate, las autoras citadas se sirven de instrumentos que cuidan con esmero y manejan con destreza. Todas emplean *armas propias*,¹⁰ ensayos, novelas, poemas –o incluso *diccionarios ideológicos*, como hará certeramente Victoria Sau–,¹¹ con los que pretenden responder a la brutalidad de los hechos de guerra, a la violencia; y procuran con ello palabras nuevas u olvidadas que socavan lugares comunes sobre la actitud de las mujeres ante tales desastres. Algunas, como la estadounidense Helen Joy Davidman, comprometida políticamente a través de su poesía, sintieron la vocación de convertirse en la voz de quienes padecen la violencia y no pueden escribir sobre ella.¹² Otras, como María Zambrano, reivindicaron hasta el final su compromiso activo con la Guerra Civil Española, sin que ello significara contradecir un sueño de revolución pacífica que impone repensar de forma global «nuestro modo de vivir, de ser hombres, de habitar el planeta», es decir, impone la búsqueda atenta de formas inéditas, e inauditas, de convivencia.¹³

Hay que tener en cuenta, pues, este discurso –que en ocasiones incorpora interpretaciones contradictorias a las existentes– si no queremos prescindir de itinerarios que, sin ahorrar crudos testimonios, contestan el horror visto o vivido con respuestas inesperadas y efectivas, tal como sucede en algunas de las que Aránzazu Usandizaga relata al ana-

10. Su gesto alienta a seguir la enseñanza maquiaveliana referida al rey David. Como escribe Maquiavelo: «Ofreciéndose David a Saúl para combatir contra Goliath, héroe de los filisteos, el rey lo armó con sus propias armas para darle valor; pero David tras ponérselas las rechazó, diciendo que con ellas no se podía valer por sí mismo y que quería hacer frente al enemigo con su propia honda y su propio cuchillo». Véase Maquiavelo, Nicolás, *El príncipe*, cap. XIII, trad. Miguel A. Granada, Madrid: Alianza, 1981, pp. 78-79.

11. Entre los escritos de Victoria Sau destaca su *Diccionario ideológico feminista*, I y II, Barcelona: Icaria, 1981 y 2001, respectivamente. Sonia Guerra recurre en especial a esta obra para señalar «[al] patriarcado como sistema que sustenta la guerra, la agresividad y la violencia», sirviéndose del análisis que la psicóloga catalana realiza de tales conceptos. Véase Guerra López, Sonia, «Reflexiones sobre la violencia en compañía de Victoria Sau».

12. Véase Salvador Ribes, María, «Imágenes de la Guerra Civil Española en la obra poética de Helen Joy Davidman».

13. Véase Laurenzi, Elena, «“Si cae España”: María Zambrano y la guerra».

lizar cómo afectó la Gran Guerra a la cultura de las mujeres. Sin pretender reducir fenómenos complejos a una imagen simplificadora, cabe reconocer que este conflicto supuso para muchas de ellas una experiencia «liberadora y enriquecedora», una auténtica revolución, derivada en primer lugar de la urgencia pública de incorporarse al trabajo en la retaguardia, ante el envío al frente de masas incontables de hombres.¹⁴ No puedo detenerme aquí en ello, pero no me resisto a señalar un fenómeno de regresiones e interrupciones, recurrente a lo largo de la historia moderna y observable en muy distintos contextos, que consiste en reenviar a las mujeres a casa (excluir las-encerrarlas) tras haber ocupado durante un período de crisis –como es el de un conflicto bélico– un papel protagonista en la esfera pública.

Quisiera destacar que, en distintos lugares del libro, junto a la constatación de la perseverancia de la violencia en los campos más diversos, se pone de manifiesto que disponemos de escasos estudios sobre su especificidad.¹⁵ En 1970, escribía Hannah Arendt: «Nadie consagrado a pensar sobre la Historia y la Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos, y a primera vista resulta más que sorprendente que la violencia haya sido singularizada tan escasas veces para su especial consideración. (En la última edición de la *Encyclopedia of the Social Sciences* “violencia” ni siquiera merece una referencia)».¹⁶ Transcurridas más de tres décadas, apenas si se aprecian cambios significativos al res-

14. Usandizaga, Aránzazu, «La mujer y la Primera Guerra Mundial».

15. Como advertía Fina Birulés en su conferencia «La violència o la impossibilitat de la paraula», pronunciada en el Simposi Internacional sobre les Violències de Gènere, *Violència deliberada*, celebrado en la Universitat de Barcelona los días 23, 24 y 25 de noviembre de 2005. Este congreso fue organizado por Tàcita Muta, Grup d'Estudis de Dones a l'Antiguitat (UB) y dirigido por M. Dolors Molas Font. El encuentro dedicó todo su esfuerzo a provocar la reflexión sobre la violencia contra las mujeres.

16. Arendt, Hannah, «Sobre la violencia», en *Crisis de la república*, trad. Guillermo Solana Alonso, Madrid: Taurus, 1973, p. 116. Arendt anota estas palabras y agrega que «existe desde luego amplia bibliografía sobre la guerra y las actividades bélicas pero se refiere exclusivamente a los instrumentos de la violencia, no a la violencia como tal».

pecto. Así, pese a su protagonismo en multitud de discursos y a las investigaciones biológicas, sociológicas y psicológicas, que se dividen principalmente entre quienes perfilan la violencia como algo inscrito en nuestro código genético y quienes la asocian a condiciones ambientales, queda ciertamente mucho por pensar acerca de este fenómeno.

Sin embargo, ante la facilidad con que la violencia se propaga, y a fin de no aceptarla como algo inevitable, aunque fuera, como se ha afirmado, «consustancial a la condición humana», me parece útil recordar las palabras con que Fina Birulés comienza el artículo recogido en este volumen. Allí, y haciéndose eco de la posibilidad humana de transformar lo dado, subrayada por Hannah Arendt, escribe: «Los humanos son seres que, a diferencia de los animales, no necesitan aceptar lo dado, pueden transformarlo; frente a los procesos devoradores de la naturaleza edifican un mundo de civilización, capaz de sobrevivirles y de proveerles un espacio estable donde habitar».¹⁷ Estos seres, capaces de tal transformación y de ver las cosas desde lados distintos (es decir, políticamente), «de asumir las múltiples posiciones desde las que algo puede ser observado en el mundo real»,¹⁸ deberían dejar de infligir violencia a los animales, esas criaturas que los acompañan y sirven desde tiempos remotos, proclamará indignada Marguerite Yourcenar, que aprovechaba cualquier ocasión para denunciar ese maltrato persistentemente acallado. Habría menos vagones con prisioneros hacia la muerte si hubiera menos animales torturados, «si no nos hubiéramos acostumbrado a ver furgones en donde las reses agonizan sin alimento y sin agua, de camino hacia el matadero».¹⁹

He introducido hasta aquí los dos primeros apartados en los que se ha distribuido el presente volumen. Me detendré ahora en el últi-

17. Birulés, Fina, «Revolución y violencia en Hannah Arendt».

18. Véase Fantauzzi, Stefania, «La relación entre guerra y política en Hannah Arendt».

19. Yourcenar, Marguerite, *El Tiempo, gran escultor*, trad. Emma Calatayud, Madrid: Alfaguara, 1999, p. 165. Véase el artículo de Montse Barderi i Palau, «La explotación animal en la obra de Marguerite Yourcenar».

mo, «Para leer a Nicole Loraux (1943-2003)», concebido como un homenaje a la memoria de la autora francesa, un homenaje como ya lo fue el simposio cuyos trabajos se recogen en este libro. Montserrat Jufresa y Ioanna Papadopoulou-Belmehdi trazan el perfil y despliegan el pensamiento de la maestra y amiga, a la vez que dedican, respectivamente, una particular atención a la repercusión de su obra entre los estudiosos españoles,²⁰ así como a su extensa bibliografía, de la que se ofrece una relación completa.²¹ Nicole Loraux, por su parte, nos *dice* «La gloria y la muerte de una mujer».²² Ella abogó constantemente por una práctica intelectual y política «que permitiría remontar hacia una verdadera civilización del debate, caracterizada por la multiplicidad de los *logoi* y su esencial comparabilidad»,²³ y aconsejó siempre «la lectura, relectura (y *rerelecture*)» de los documentos para superar las distintas etapas de la reflexión sin presupuestos dogmáticos. Ejemplo de su método se encuentra en la nueva manera de comprender a Fedra, tal como propone en el artículo antes citado. Allí, la heroína eurípidea, que «viene a perturbar el orden regulado del discurso griego sobre la muerte de las mujeres», fenece sin que sea ése el fin de su historia. Reclamando que sus «bellas acciones no caigan en el olvido», Fedra *dirá* su gloria y, con ello, la gloria de una mujer.

Este libro cuenta con voces intermediarias que facilitan el acceso al patrimonio de las autoras convocadas.²⁴ Se han dirigido a las distintas fuentes y de allí lo han extraído, reflexionado, elaborado y, final-

20. Jufresa, Montserrat, «Nicole Loraux, lectora del presente en los intersticios del pasado».

21. Papadopoulou-Belmehdi, Ioanna, «Nicole Loraux: del humanismo al “alma de la ciudad”». Se ha actualizado la bibliografía aparecida con posterioridad a la publicación (2003) de este artículo.

22. Véase su artículo, con este título.

23. Loraux, Nicole, «L'équité sans équilibre du dialogue», en Loraux, Nicole y Miralles, Carles (eds.), *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne*, París: Belin, 1998, p. 294.

24. El libro ha confiado, además, en distintos momentos en el saber de Ramón Andrés, M. Assumpta Barjau, Fina Birulés, Carme Castells, Carmen Corral, Montserrat Jufresa y Àngela Lorena Fuster. Laura Patricio ha disuelto algunos nudos de traducción del inglés. Y Georgina Rabassó ha seguido todo el trayecto con su atenta mirada correctora. Por todo ello, y copiando aún a María Zambrano, diré: «gracias, gracias, gracias».

mente, transmitido. Sus nombres figuran distribuidos en los apartados significados en el índice y encabezan sus respectivos artículos. No obstante, más allá de una convención formal y ordenadora, deseo nombrarlos aquí para grabarlos también en este espacio. Los mencionaré uno tras otro, siguiendo el orden que los borradores de sus escritos han ocupado en una carpeta de tapas anaranjadas durante el tiempo –superior al previsto, como suele suceder– en que este volumen se ha ido *construyendo*: Anna Fedele, Aránzazu Usandizaga, Elena Laurenzi, Fina Birulés, Ioanna Papadopoulou-Belmehti, Maite Larrauri, Maria Salvador Ribes, Montse Barderi i Palau, Montserrat Jufresa, Rada Iveković, Sonia Guerra López y Stefania Fantauzzi. Desde diferentes saberes y disciplinas, han llevado a cabo un trabajo de análisis, de memoria o de búsqueda de genealogía femenina y, como ya he comentado, lo han transmitido con su propia voz y compromiso. Cabe pensar ahora lo que esto significa si, al decir de María Zambrano: «Sólo se vive verdaderamente cuando se trasmite algo. Vivir humanamente es transmitir, ofrecer, raíz de la trascendencia y su cumplimiento al par».²⁵

25. Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Madrid: Siruela, 1990, pp. 106-107.

De la violencia

La explotación animal en la obra de Marguerite Yourcenar*

MONTSE BARDERI I PALAU

La posibilidad de reflexionar sobre la violencia en este espacio me facilita la oportunidad de tratar la violencia que los seres humanos infligen a los animales.

Los animales son víctimas de muchos tipos de violencia: la caza, su sacrificio con finalidades estéticas, la experimentación, la contaminación, los incendios; pero a pesar de la variación casi infinita en las formas de crueldad, persiste en todas ellas un ilimitado abuso de poder por parte del hombre.

De entrada, al referirnos a esta forma particular de violencia no poseemos un término unívoco: explotación, guerra, holocausto, sacrificio, tortura, genocidio... son palabras que expresan algún aspecto de la violencia pero en ningún caso recogen la especificidad de la relación actual entre los hombres y los animales.

Parte importante de este maltrato se manifiesta en la industria alimentaria. Las condiciones de vida de los animales destinados a nuestro sustento conforman una de las peores expresiones de la despiadada lógica de ganancia de nuestros sistemas de producción.

Para exponer la violencia ejercida sobre los animales contaré con la ayuda de Marguerite Yourcenar, una escritora con una insoportable vocación de ser útil, que aprovechaba cualquier ocasión

* Texto redactado a partir de la comunicación leída en catalán en el Simposio Internacional *Reflexions sobre la guerra i la violència en el discurs femení (1914-1989)*, celebrado en la Universitat de Barcelona los días 28 y 29 de noviembre de 2003. Marguerite Yourcenar decía que prefería la exactitud a la verdad. Este artículo no hubiera tenido ni la exactitud ni el rigor necesarios para su publicación sin el tiempo dedicado por la Dra. Rosa Rius.

para denunciar el sufrimiento animal, cuestión sobre la que insistió incesantemente por considerarla fundamental.

Hay en nuestra sociedad una especie de pacto de silencio sobre ese padecimiento. Un ejemplo no muy lejano lo encontramos en el caso de un buque libanés, el «Spiridon», detenido en agosto de 2003 en A Coruña por contaminar las costas gallegas con hidrocarburos.¹ Para defenderse de la acusación de verter residuos tóxicos, el capitán alegó que «sólo» transportaba vacas; sin embargo, el estado en que viajaban esos animales o cuántos habían muerto durante la travesía era algo que no se consideraba, era un aspecto de la noticia que parecía no interesar.

Marguerite Yourcenar, en cambio, reveló una y otra vez esta violencia acallada, por medio de su militancia activa en entidades defensoras de los animales.² En sus libros, en sus personajes, son también frecuentes sus alusiones a ello, incluso en apuntes que parecerían casi anecdóticos, como, por ejemplo, cuando recuerda a Jean Chalon –autor de *Portrait d'une séductrice*– que Natalie Barney nunca llevó zorros³ o cuando apunta, al hilo de un comentario en torno a la obra de Homero, que el único rasgo que tiene en común con el maestro de la *Odisea* es el amor por los perros.⁴

Esta preocupación aparece en mayor o menor medida a lo largo de su obra. De pequeña escribía un cuaderno titulado *Los perros que he querido*. Y uno de sus últimos proyectos literarios, *Paisaje con animales*, pretende explicar la historia del mundo teniendo a los animales como protagonistas principales.

Este aspecto del discurso de Yourcenar puede servirnos para describir la situación de nuestros días, trazar sus orígenes y establecer un programa espiritual a seguir para superarla.

1. *El País*, 20 de noviembre de 2003.

2. Los editores de: Yourcenar, Marguerite, *Cartas a sus amigos*, trad. María Fortunata Prieto Barral, Madrid: Alfaguara, 2000, p. 318, recogen en una nota una lista de algunas de las asociaciones de defensa de los animales a las que perteneció la autora.

3. Yourcenar, Marguerite, *Cartas a sus amigos*, cit., p. 559.

4. *Ibidem*, p. 267.

El actual estado de la cuestión que nos ocupa es de sobras conocido: los animales malviven en una condiciones pésimas para suministrarnos, sólo en alimentación, unos 70 kilos de carne por habitante y año según los últimos estudios del sector. Yourcenar responde de manera particularizada a cada tipo de abuso sobre los animales, desde la producción del paté a la caza de focas, por mencionar sólo dos ejemplos.

Toques de atención, como cuando Miss Jones había visto «con horror cómo hábiles cazadores mataban con su escopeta a los pajaritos»,⁵ o cuando leemos: «He preparado un corto fragmento de Opiano sobre las focas, que será probablemente publicado en breve, y que forma parte de mi lucha a favor de esos animales, tan diezmados, como todos los demás, en nuestro mundo de fin del mundo».⁶

Pinceladas de indignación que impregnan sus vivencias: «Doy por seguro que se nos puede objetar que esas matanzas anuales, capaces de abocar a la extinción total de esa especie, son poca cosa en comparación, por ejemplo, con los horrores del Vietnam. Mas ese razonamiento es falso porque todo está relacionado, y el hombre culpable de tal ferocidad, o, lo que es tal vez aún peor, de la grosera indiferencia a la tortura infligida a los animales, es también más capaz de torturar a sus semejantes. Ya está, por así decirlo, bien entrenado».⁷

Yourcenar no es una escritora moralista, incluso llega a decir que un autor es, frecuentemente, más artista cuanto menos moralista.⁸ Para ella la principal función de un escritor es reflejar y condensar la realidad de su siglo, es expresar lo esencial. En este sentido, la explotación de todas las especies por parte de una de ellas es un aspecto fundamental de la realidad que no dejará jamás de lado.

5. Yourcenar, Marguerite, *El denario del sueño*, trad. Emma Calatayud, Madrid: Alfaguara, 1989, p. 177.

6. Yourcenar, Marguerite, *Cartas a sus amigos*, cit., p. 386. Según los editores de las cartas, Yourcenar se refiere a: «Animaux vus par un poète grec», *La Revue de Paris*, febrero de 1970, pp. 7 y 11. Se trata de una presentación de Opiano, seguida de la traducción del poema: «L'amour des animaux pour leurs jeunes chez les bêtes de la mer, des bois et de l'étable». Traducción incluida con un prólogo diferente en *La couronne et la lyre*.

7. Yourcenar, Marguerite, *Cartas a sus amigos*, cit., p. 315.

Y no cesa de insistir en que se trata de una cuestión capital, capaz de dar sentido a una vida. Así, en 1973 escribe a la novelista y ensayista Françoise Parturier: «Usted sabe con cuánto fervor comparto sus opiniones en todo lo que concierne a los horribles malos tratos que infligen los hombres a los animales y que son la deshonra del hombre —y entre paréntesis, le ayudan a prepararse para tiranizar y torturar a sus semejantes. Hay en ello un crimen y una fatalidad fundamental que pesa sobre toda la historia de la humanidad, y nuestra existencia no habrá sido completamente vana si logramos hacer algo para luchar contra ello».⁹

O de señalar lugares marcados por historias de sufrimiento animal, como un precipicio conocido como: «“La sima de los caballos muertos”, en memoria de las tres mil acémilas más o menos que por allí cayeron, o que fueron arrojadas muertas de agotamiento, durante aquellos años».¹⁰

Considera, en fin, que: «Nunca será demasiado tarde para intentar obrar bien, mientras haya sobre la tierra un árbol, un animal o un hombre».¹¹

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Durante milenios, recuerda la autora, el hombre ha considerado al animal como «su cosa», con la que mantenía, sin embargo, un estrecho contacto. El jinete quería a su caballo, aunque abusara de él; el cazador conocía las formas de vida de los animales que cazaba. La vaca se mataba cuando ya no le quedaba leche, el cerdo se sacrificaba para las fiestas... Había una familiaridad, un contacto de los seres humanos con las bestias.

Yourcenar expresa la dificultad de amar lo que no se conoce: es muy difícil asociar un animal, un ser vivo, con un trozo de carne envasada. No quiere al animal quien nunca se ha acercado a él ni lo ha acariciado: «Vendida en filetes perfectamente envueltos en pa-

8. *Ibidem*, p. 269.

9. *Ibidem*, p. 464.

10. *Ibidem*, p. 627.

11. Yourcenar, Marguerite, *Con los ojos abiertos. Diálogos con Matthieu Gally*, trad. Elena Berni, Barcelona: Gedisa-Emecé, 1982, p. 268.

pel transparente en un supermercado, o conservada en un bote, la carne del animal deja de apreciarse como procedente de un ser vivo».¹²

Esta supeditación de los animales, se quejaba la escritora, apareció en Occidente por la desafortunada dirección que tomó la tradición judeocristiana. Jehová, antes del pecado, mostró a Adán todos los animales e hizo que los nombrara, y lo declaró dueño y señor de todos ellos. Esta escena mítica siempre se ha leído como un permiso divino para sacrificar indiscriminadamente la infinita variedad de la vida. Yourcenar deploraba que en dicha escena el ser humano no sea interpretado como el destinado a ser el protector, el árbitro, el modelador de la creación entera..., el llamado a conservar y consolidar el mundo creado por Dios.

Sirva de ejemplo el epígrafe que precede al primer capítulo de *Opus Nigrum*, una de sus principales novelas, una cita de la *Oratio de hominis dignitate* de Giovanni Pico della Mirandola: «La Naturaleza encierra a otras especies dentro de unas leyes por mí establecidas. Pero tú, a quien nada limita, por tu propio arbitrio, entre cuyas manos yo te he entregado, te defines a ti mismo».

El hombre, escultor de sí mismo, posee una cierta libertad que es, precisamente, lo que lo hace responsable. Cada vez que nos apartamos de esta obligación y también, ¿por qué no?, cuando matamos inútilmente un animal, traicionamos nuestra misión como seres humanos, que consistiría en organizar un mundo algo mejor.

Partiendo de la tradición cristiana, pudimos habernos decantado por otras opciones, como ponen de manifiesto las hermosas leyendas que mezclan al ser humano con el animal de forma entrañable, y que no prevalecieron. Recordemos, entre otras, el buey y el asno calentando al niño Jesús, el león de san Jerónimo, el perro de san Roque, el lobo, los pájaros y los peces de san Francisco, los animales del bosque de san Blas y el ciervo de san Huberto.¹³

12. Yourcenar, Marguerite (1989), *El Tiempo, gran escultor*, trad. Emma Calatayud, Madrid: Alfaguara, 1999, p. 160.

13. *Ibidem*, p. 162.

Además, Yourcenar lamenta el hecho de que una interpretación banal de Descartes añada argumentos a la desafortunada dirección que tomó la tradición judeocristiana. Descartes ha sido utilizado sin ningún cuidado por quienes aceptan fácilmente la explotación y la indiferencia hacia la especie animal, consideran el animal como una máquina. Olvidan, sin embargo, que dentro del paradigma cartesiano el hombre es también una máquina y, en último término, Dios «es el primer motor».

Éstas serían algunas líneas argumentativas de Yourcenar que explican la situación presente de nuestra civilización: «Una civilización que se aleja cada vez más de la realidad produce cada vez más víctimas, comprendida ella misma».¹⁴

¿Cuál es el remedio a esta situación atroz? Empecemos simplemente por mirar detrás de las cosas, procuremos que el alcance de nuestra mirada llegue al origen de lo que se le presenta.

En las primeras páginas de *Recordatorios*, la autora rememora una cruz de marfil que aún conservaba. Un objeto banal conseguido al alto precio de extirpar la vida de un elefante; un ser que amaba y sentía. La mirada de Yourcenar se retrotrae desde el adorno de marfil hasta principios del Pleistoceno, es decir, unos dos millones de años atrás.

Otro ejemplo muy significativo se encuentra en *El denario del sueño*. Allí podemos leer: «En los museos de Roma la noche invade las salas donde se encuentran las obras maestras [...]. Las ruinas de los monumentos antiguos se integran a la noche [...]. Es la hora en que, dentro de los establos lindantes al matadero, los animales que mañana acabarán en los platos y en las alcantarillas de Roma mascan un bocado de paja y apoyan su hocico adormilado y suave en el cuello de su compañero de cautiverio».¹⁵

Este fragmento presenta al ser humano como el ser capaz de confinar el arte, una de sus expresiones más sublimes, en museos y, a la vez, a escasos metros, almacenar en pésimas condiciones seres

14. *Ibidem*, p. 160.

15. Yourcenar, Marguerite, *El denario del sueño*, cit., p. 173.

vivos para alimentarse. En esta obra Yourcenar hace coexistir la experiencia humana con la experiencia animal. Los primeros construyen regímenes fascistas y vanos intentos de derrocarlos; los segundos, son seres vivos cuyo contacto con los humanos se paga con la propia vida. De esta manera, la autora nos hace reparar en que no son únicamente los anhelos, los gozos y los sufrimientos humanos los que pueblan el mundo. Hay otra realidad, tan ontológicamente equiparable a la nuestra, que también siente, y cuyos padecimientos y vivencias cubren asimismo la tierra. Basta una mirada mínimamente atenta para que los animales ocupen su legítimo espacio de realidad.

El denario del sueño fue redactada durante 1958, y en 1965 Yourcenar se dirigía a su traductora italiana en los siguientes términos: «La noche sobre Roma está escrita en el mismo registro desolado. Hay en mí una incapacidad cada vez más radical para aceptar el mundo tal como es, quiero decir con sus estratos superpuestos de indiferencia, de sufrimiento y de injusticia».¹⁶

Para invertir un mundo tan asolador debemos ponernos en contacto con la dimensión sagrada de la existencia. Una vida sagrada entendida como diversidad por la belleza del mundo; por el profundo sentimiento de afecto y de respeto¹⁷ por estos seres embarcados en la misma aventura de existir. Una vida sagrada y misteriosa que como pondrá en boca de Alexis, nunca acabamos de comprender del todo.

Lo sagrado estaría relacionado de una manera más o menos íntima con la vida y sus misterios y, precisamente por ello, tendría que suscitar una actitud compleja de reverencia, admiración, atracción y respeto. De este modo, lo sagrado se acercaría al ardor pero también al entusiasmo,¹⁸ pues sería una fuerza externa que nos hace venerar y celebrar la vida, el puente que nos acerca al fuego creativo que nos

16. Yourcenar, Marguerite, carta a Lidia Storoni Mazzolini, *Cartas a sus amigos*, cit., p. 248.

17. Yourcenar, Marguerite, *Con los ojos abiertos. Diálogos con Matthieu Gally*, cit., p. 262.

18. Como me hace observar la filóloga Mercè Otero-Vidal, la palabra «entusiasmo» incluye la raíz de *theos*, Dios.

aparta de la destrucción. Si la vida es sagrada, todas sus formas lo son también, y no se deben profanar, como mínimo no de un modo banal, abusivo y sin conciencia. Escribía Yourcenar: «Me impresiona mucho la falta de ardor, y creo que [...] hasta la violencia corresponde a una falta de ardor. Porque hay muy poca gente que tenga un verdadero deseo de hacer algo con pasión; la violencia se convierte en un derivativo».¹⁹ Y si el contacto cotidiano con la muerte sistemática y el dolor en cadena nos alejan demasiado del sentimiento de lo sagrado, nos queda la responsabilidad de volver a sacralizar el mundo.

«¡Tantas cosas deberían ser hoy vueltas a sacralizar!, la vida en todas sus formas, los alimentos, los objetos más humildes, el trabajo del espíritu, tal vez incluso Dios. En lo que al amor se refiere, no estoy segura de que la glorificación de “la pareja” como tal sea la mejor manera de librarnos de nuestros errores y de nuestras culpas; es tanta la agresividad, tanto el egoísmo de dos compartido, tanta exclusión del resto del mundo, tanta insistencia sobre el derecho de propiedad exclusivo de otro ser lo que encierra esta noción... quizá tengamos que purificarlo antes de restituirle su sentido sacro. Por otra parte es toda la carne lo que deberíamos considerar sagrado, aunque sólo fuera para acercarla más al espíritu del que es hermana, y tal vez esa actitud acabaría por disminuir el mal uso y el abuso».²⁰

De hecho, como señala Yourcenar, el ser humano ha sacralizado frecuentemente el animal animalizándose él mismo. Son los casos del hombre primitivo, de la antigua religión egipcia, de los niños jugando a ser animales... Viven el milagro de darse cuenta de que la misma vida, las mismas vísceras, los mismos procesos digestivos o reproductores, con diferencias de detalle, funcionan con una infinita variedad de formas y poderes de los que los humanos carecemos.

Y sin el sentimiento de lo sagrado aún es posible el respeto y la simpatía. La simpatía es sencillamente afinidad solidaria «sentir

19. *Ibidem*, p. 113.

20. Yourcenar, Marguerite, *Cartas a sus amigos*, cit., p. 206.

con», es el sentimiento de profunda ternura hacia una criatura, sea la que sea, que comparte la misma suerte, nuestras mismas vicisitudes. Desde la simpatía, afirma Yourcenar, se originan simultáneamente el amor y la bondad.

Un sentimiento muy cercano al de una actitud inteligente. Según la sabiduría alquimista —muy presente en el *Opus Nigrum*—, quien no experimenta, o no consiente en ser objeto de experimentación, no piensa. De la misma manera, podríamos decir, quien no siente profundamente no piensa. Y si la simpatía no es posible, aún nos queda el respeto, la conciencia de la libertad de los otros, la aceptación sin ilusión pero también sin la más mínima hostilidad ni desprecio por un ser tal como es.

Estas indicaciones no sólo son necesarias para comprender mejor el mundo y los seres que lo habitan, sino que forman parte de un verdadero programa vital. También el personaje de Zenón, médico, alquimista y filósofo, proclama que quiere morir algo menos necio de lo que era cuando nació.

La violencia hacia los animales no afecta únicamente al proyecto espiritual del ser humano, sino que lo lanza hacia una espiral de violencia que culmina en su propia especie. Habría menos mártires si hubiera menos animales torturados, menos vagones con prisioneros hacia la muerte «si no nos hubiéramos acostumbrado a ver furgones en donde las reses agonizan sin alimento y sin agua, de camino hacia el matadero».²¹

Yourcenar manifiesta que recibiría con alegría una *Declaración de los derechos del animal*, pues considera que siempre es necesario promulgar leyes verdaderas aunque sean infringidas continuamente; y habría que exigir una ley que rezara: «No harás sufrir a los animales, o al menos les harás sufrir lo menos posible. Tienen sus derechos y su dignidad como tú mismo».²² Ésta es una amonestación modesta, que en el estado actual de las mentes se considera casi subversiva.

21. Yourcenar, Marguerite, *El Tiempo, gran escultor*, cit., 165.

22. *Ibidem*, p. 164.

«Seamos subversivos»,²³ proclama la autora y nos anima a rebelarnos contra la ignorancia, la indiferencia y la crueldad. Nos incita a relacionarlo todo con nosotros, a pensar que es más fácil que esta crueldad se aplique sobre nosotros si antes se ha ejercido sobre el animal. Al tiempo que advierte que alimentarse de sufrimiento y agonías tampoco puede ser beneficioso para nuestro propio cuerpo.

«En la humilde medida de lo posible cambiemos (es decir, mejoraremos si es que se puede) la vida».²⁴

23. *Ibidem*.

24. *Ibidem*, p. 165.